

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Francisco Bastitta.

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezal
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Por qué nos hace falta centrarnos hoy en la esperanza
<i>Carlos Hoevel</i>	9	La ilusión de ser argentino
<i>Florian Pitschl</i>	22	Regreso a la infancia, redescubrimiento de la esperanza
<i>Alicia Zanotti de Savanti</i>	35	Encontrar la alegría
<i>Enrique Aguilar</i>	49	La relación de Ortega y Gasset con la Argentina
<i>Fernando Devoto</i>	64	El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad
<i>Alberto Espezal</i>	73	Breve lectura introductoria de Alasdair MacIntyre
<i>Erich Kock</i>	83	Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte In Memoriam Ernst Jünger

Quien quiere saber más, debe atreverse a la muerte

In Memoriam Ernst Jünger

*Erich Kock**

En la temprana mañana del 17 de febrero de 1999 murió Ernst Jünger en el Sanatorio del distrito de Riedlingen. Había rechazado una difícil operación que se había hecho necesaria. El 21 de febrero el difunto fue enterrado en el cementerio del ayuntamiento de Wilflingen junto a Riedlingen. Un largo cortejo acompañó al féretro a través del lugar y pasó también por la casa del guardabosque que, durante 48 años, había sido el lugar de habitación y de trabajo del autor, que murió poco antes de sus 103 años. Había mostrado con gusto su unión con los vecinos de Wilflingen; el asiduo paseante, el amante de la naturaleza y el amigo de los animales estimaba los bosques en la vecindad y amaba las oportunidades de coloquio con los habitantes. Jünger tuvo su tumba junto a la de su primer mujer Gretha nacida von Jeinsen (+ el 20 de noviembre de 1960) y a la de sus dos hijos Ernst (+ el 29 de noviembre de 1944 como soldado en Carrara, Italia) y Alexander (+ el 22 de abril de 1993).

El 26 de mayo de 1939 escribió Ernst Jünger en su diario *Garten und Straben* (Jardines y calles) publicado en 1942: “Yo pien-

* Erich, Kock, 1925, escritor en Köln, ha realizado numerosos trabajos para la radio y televisión.

so sobre mi propia lápida fúnebre, para la que quiero sólo el nombre y las dos fechas, y el sentido de ello era aprobado por mí". Esta es la razón por la que sobre la sepultura de Jünger una sencilla cruz de madera correspondió a su deseo; en el travesaño estaban solamente los nombres y las fechas: "Ernst Jünger 1895-1998". Tras el féretro fueron los hijos de su segunda esposa Lisolotte, nacida Lohner, parientes, amigos y hombres de toda Alemania, que apreciaban la obra de Jünger y amaban al autor al tiempo de su partida. Precedió al entierro un oficio de difuntos en la iglesia del lugar, San Juan Nepomuceno. El réquiem fue celebrado por el párroco católico del lugar, Roland Niebel, con la asistencia del canónigo de Rotemburgo Dr. Werner Gross. Durante la misa estaba el féretro adornado con flores en el camino central ante el altar mayor barroco construido en 1729 por el Príncipe obispo Franz von Stauffenberg, quien levantó la iglesia. El altar, con una escultura de una imagen de María situada en el centro, está dedicado a la *Regina Coelorum*. También por eso se oye en la liturgia junto al *Requiem* cantado por el coro de la iglesia de Wilflingen dos cantos en solo con tema mariano: "Ay, inclínate, tú, rica en dolores" y el "Ave María" (Loewe y Gounod). Franz Freiherr Schenk von Stauffenberg, por largos años huésped y mentor solícito de Jünger, dio cuenta del difunto con amistad y desolación. Entre la concurrencia del duelo en la iglesia repleta se encontraban también el ministro-presidente Erwin Teufel, que en su discurso fúnebre se refirió entre otras cosas a la componente religiosa en la obra de Jünger. Ernst Jünger, bautizado protestante, se convirtió el 26 de septiembre de 1996 a la Iglesia católica romana. Puede darse por seguro que había querido bautizar católicamente a su hijo Ernst, pero en atención a su primera esposa Gretha renunció a ello. Ambos se habían comprometido evangélicamente el 3 de agosto de 1925 en la iglesia de Sto. Tomás de Leipzig.

"A menudo me parece que los muertos son más maduros y más suaves; ellos crecen en nosotros con raíces póstumas, *nosotros* somos el verdadero campo de la muerte, el verdadero suelo de los muertos. Quieren ser enterrados en los corazones. Por eso son agra-

decidos, y esta relación da a las familias y pueblos la fuerza para cambiar a través del tiempo”. Esta intención de un sueño con su padre difunto, fue escrita por Ernst Jünger el 30 de mayo de 1945 en su residencia de Kirchhorst junto a Hannover. El “verdadero campo de la muerte” es también el corazón de los hombres, y en su interior encontraba también la propia, una vida como lugar de permanente encuentro con los muertos. Pocos de los autores más importantes de este siglo (acaso Henry de Montherlant, que en 1972 en París, ante la certeza de su inevitable ceguera se quitó la vida) han vivido tanto pared por medio con la muerte como el autor de *Stahlgewitter* (Tempestad de acero), *Strahlungen* (Resplandores), el diario de la edad tardía *Siebzig verweht* (Los setenta han transcurrido), *Sizilischen Briefes an den Mann im Mond* (Cartas sicilianas al hombre en la luna) y *Schere* (La tijera). El paso sobre los límites es la “aduanas”, donde “el temor es trocado con la seguridad”, el paso del “aquí” al “allá” ocupa a Jünger hasta su fin. De hecho se trataba de un continuo estado de ósmosis espiritual entre los polos de vida y muerte, muerte y vida. “¿Qué preocupa con el más allá a aquel a quien nada se da, que no sea también ulterior?” (1930).

El 8 de junio de 1989 me decía Jünger en su jardín de Wilflingen: “Ahora he llegado a los 90 años y sin embargo quiero morir de 30”. Esto parecía admirarlo y alegrarlo. Ernst Jünger vivía con gusto y agradecimiento por el don de cada día, si bien le habían sido dados el dolor y la tristeza desde siempre... “también en el suicidio no nos escapamos. Debemos ascender, también a través de penas; recién entonces es el mundo comprensible” (29 de abril de 1941). Sin embargo, la tristeza, *tristitia*, es a menudo perceptible, y aun los sueños aumentan la tristeza en la conciencia (26 de junio de 1941). “En el ‘Rafael’ yo desperté con un nuevo ataque de tristeza” (22 de febrero de 1942). “*Tristitia*, buscar una salida; ello sólo presenta lo dudoso”. (29 de abril de 1941). En la novela aparecida en 1939 *Auf den Marmorklippen* (En los arrecifes de mármol) se habla de la salvaje melancolía que se apodera de nosotros en el recuerdo de los tiempos felices. “Así vaciamos nuestro vaso por antiguos lejanos

amigos y por las tierras de este mundo. Nos toma a todos un miedo cuando soplan los aires de la muerte. Luego comemos y bebemos pensando, qué amplio es aún el lugar dispuesto para nosotros en esa mesa. Pues la tierra es hermosa” (pag. 80 de la edición: Hamburgo 1939).

La parábola acusadora de culpas de los *Arrecifes de mármol* como mero “escrito de tendencia” frente a la barbarie del nacionalsocialismo desarrolla – como a menudo este autor – un acta de un sueño. Por consiguiente, se mezclan en este libro de 157 páginas, programas, realidad e imagen del universo. Por eso forma la parábola de una sangrienta lucha entre las potencias de la historia del bien y el mal, de lo alto y lo bajo de todos los horrores de la muerte. A la vez se oculta en el cuadro misterioso de las figuras rectoras, grupos y fuerzas del Tercer Reich y de sus adversarios. La parábola llega poco después de su publicación a los setecientos sesenta mil ejemplares. La entendieron lectores de entonces como una oculta presentación de relaciones políticas, y algunas recensiones extranjeras pusieron al autor por sus exposiciones puramente políticas en un gran peligro; una serie de estrechos colaboradores de Hitler ensayaron para inducirlo a una fuerte pena al autor. Aun quien relee la novela de Jünger con distancia histórica, tiene a veces la sensación de recorrer un campo minado - tanto se muestra la realidad en la composición simbólica. El hermano predilecto de Jünger -el novelista lírico y ensayista Georg Friedrich Jünger- le manifestó después de la lectura, que en los *Arrecifes de mármol* “jugaba su cabeza”. Y ambos hermanos han podido, como muestran sus propias publicaciones (G.F. Jünger, 6to. Cuaderno de la revista *Corona* 1943 y E. Jünger en noticia del diario *Garten und Traben*, p. 54, del 21 de septiembre de 1939), ver un atisbo de la condena a la muerte de Ernst Jünger. No obstante los *Acantilados de mármol* siguen siendo una concreción poética de un sueño visionario.

También lo crecido en largos años, con “calma de salamandra” y la admirable continuidad de obra distribuida en sus diarios, ensayos, novelas, relatos y parábolas vive de reservas de sueño, no

sólo de la agudeza visual del observador de la naturaleza y el “fotógrafo de las almas”. Los sueños brindan presentimientos, señales y comunicaciones que quieren ser resueltos. También son ellos “metáforas”, que llevan “al poeta al tiempo – muro”, conducen a los hombres despiertos al misterio de la vida y de la muerte y con ello pueden contribuir a la experiencia de evolución espiritual a los habitantes de la tierra y regalar una patria universal. Con ello quedan para Jünger todos los conocimientos de aquí como sólo reflejo del eterno más allá: “Quien quiere saber más debe atreverse a la muerte” (*Las Tijeras* Stuttgart 1990, pág. 167). “La muerte del individuo”, se dice en esta obra “... es el gran acontecimiento... La angustia del mundo sigue siendo efímera, sin embargo, la angustia del mundo es necesaria” (pág. 164). Experiencias transitorias entre la vida y la muerte, aquí y allá, constituyen también el objeto de una reflexión duradera en la obra de Jünger. Ellas acompañan a su especulación sobre el curso de la historia y son siempre rasantes a desarrollos técnicos que transcurren.

¿Adónde me impulsa el mundo y su apresurada historia que ha llegado a ser planetaria? ¿Dónde puede el individuo, que no vive una vida de masa, y no quiere morir una muerte de masa, hacer pie o encontrar “viaje seguro?” (*iter para tutum*, himno *Ave Maria Stella*). ¿Cómo interpreta un ojo despierto y valiente –también esto de los cronistas cotidianos– las oportunidades y peligros de nuestra ojeada histórica? ¿O faltan en la “torre” los vidrios que avisan, como en el símbolo afirmado también a menudo por Jünger en el mundo dominado por los procesos técnicos? Y aun cuando el témpano es evitado - ¿donde fondearán los contemporáneos el barco de su vida, y qué curso debe guiarlos?. Ya en el libro de Jünger aparecido en 1936 *Afrikanische Spiele* –una descripción novelada de la búsqueda aventurera de los años ochenta, de la contrafigura del modo de existir burgués y la actitud de vida– se dice: “Se debe vivir como en un barco, todos a bordo, del que se tiene necesidad, y siempre dispuestos al combate” (pag. 96). La metáfora del barco como provisoria morada, lugar de lucha y barca de la muerte, asoma también en el de 46 años como en el de 68. El 23 de noviembre de 1941

anota Jünger en su primer diario de París: “En el cambio de solución se debe dar a conocer como un barco de guerra, que muestra su bandera” (pág. 275).

La *psiquis* de los contemporáneos de Ernst Jünger está puesta a tono con la contemplación y la lucha. Su bagaje espiritual debe poner al portador, a captar por la vista impugnaciones y ataques como también señales al adversario que aparece la disposición a la lucha. Frases de este tipo caracterizan de todos modos los supuestos y reales peligros del oficial Jünger en la colaboración del comandante del *Gran París*, en el círculo de los que allí obran juramentados, y en medio de un ambiente dividido en una especie de guerra civil. Pero ellos caracterizan también a los hombres que ya tempranamente han escrito en la frente el *contra agere*. Quien como el caballero en el grabado de Durero tiene que atravesar el peligroso desfiladero entre “la Muerte y el Diablo”, debe estar armado y poder resistir la extrema angustia, “pues el adversario ronda en torno a él, como un león rugiente y busca cuando él pueda devorarlo” (Completa, lectura inicial). El autor Jünger sabe, sin embargo, que el ánimo dispuesto a la muerte puede proteger, más aún, hacer invulnerable. Y si su hora ha llegado, puede el valiente morir como “buen testigo”. Pues su polvo inquieta aún al tirano. También él (el polvo) debe estar subordinado” (2 de noviembre de 1941) Por ello debe uno aprender a luchar “rectamente desde gradas espirituales”. Tres días después de la muerte de Hitler en el refugio del *Führer* en Berlín afirmó Jünger este desenlace de los años de la Segunda Guerra en su diario del refugio de iglesia: “En la clasificación de cartas y antiguos apuntes encontré una cita que yo había tomado cerca de diez años antes, del escrito de Casiano sobre la fundación de un convento: “Antes de que se haya vencido la propia carne, nadie puede luchar auténticamente” (4 de mayo de 1945)”.

El autor y oficial ha conocido a su contrario, que durante años alternativamente lo cortejó o procuró situarlo bajo presión, luego dejó vigilar sus pasos y con gusto lo hubiera condenado a muerte. El “ministro de propaganda” Josef Goebbels, que conoció a Jünger desde

los años anteriores a la toma del poder, mandó a la prensa alemana ignorar el día de nacimiento del famoso autor, aún dos meses antes de su suicidio y el de su esposa después que ambos habían antes muerto a sus seis hijos. “Esto es también la única distinción a la que doy valor” (12 de febrero de 1945). Y si bien no cuenta con Hitler para los lectores del libro aparecido por primera vez en 1920 *En la tormenta de acero* – el relato del soldado y testigo de las batallas del Somme y de Champagne de la Primera Guerra Mundial – es difícil aclarar, con qué fundamentos Jünger se sustrajo a los jueces de sangre del Sistema-NS. ¿Vaciló el “supremo señor de la guerra”, porque el conductor de la falange y jefe de compañía Ernst Jünger el 22 de septiembre de 1918 había sido distinguido con la más alta condecoración al valor, la orden *Pour le mérite*, que también en determinadas ocasiones tenía escrúpulos en el París ocupado? ¿Era la resolución de Hitler de dejar en paz a Jünger, también la expresión de respeto que experimentaba el antiguo soldado del frente ante el coraje ante la muerte de este hombre? ¿Y veía él a su adversario –un buen jugador de ajedrez– mejor que a sí mismo? Ejemplos de tal excepción a las “reglas” pertenecen ciertamente a la historia política de esta centuria. Sin embargo Jünger no olvidó –como él anota en su diario de París– que “circulando por los corredores del confort, vivía sin embargo en mayor peligro que durante las batallas del Somme o de Flandes”. “También me parece que entre cientos de antiguos combatientes apenas uno resistía bajo los nuevos horrores que surgían, cuando se entraba desde lo heroico en la espera demoníaca” (10 de octubre de 1943).

Ya en el libro aparecido en 1920 *Das abenteuerliche*, del que “sueña despierto”, Jünger describe en imágenes y esbozos un mundo de doble fondo. Los sueños no comunican seguras verdades. En las bodegas o bajo los techos están escondidos hechos sangrientos; en el entrepiso del alma y del pecho del “honrado burgués” hay en definitiva terribles misterios. Para a este resultado lo ha ayudado también la lectura del hombre de letras francés León Bloy, que acompañó la vida de Jünger, cuestionándolo y aprobándolo.

La lucha y la batalla, la muerte y el recorrer de la zona de la muerte, forman una de las marcas de la existencia de Jünger. Si se dejan fuera los ensayos literarios de los 17 años, comienza la producción de Jünger en la tempestad de fuego de la batalla de la Primera Guerra Mundial. La mano del autor de la relación se pone en movimiento, en cuanto las cortas pausas entre luchas de trincheras, ataques de infantería, fuego nutrido y días en la reserva dejan minutos u horas para respirar y escribir. Catorce borradores de apuntes, que llevaba siempre consigo en su tarjetero, forman el material de su crónica de la batalla. En *In Stahlgewittern* y el libro siguiente *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La lucha como vivencia interior) (Berlín, 1922). El teniente y conductor de compañía gozaba entre sus compañeros de lucha de fama de un coraje legendario; le trajo catorce heridas y dos veces estuvo también al borde de la muerte. Se atribuía especialmente al conductor de tropas de asalto un olfato infalible del momento oportuno de la acción, de modo que a menudo eran impulsados espontáneamente a la acometida. Innumerables hombres jóvenes y viejos habían anhelado la guerra como liberación - ella los liberaría de la angosta y sofocante normalidad. Ernst Jünger no la soportaba de otro modo. Pero se representaba a la lucha en el frente del oeste como un infierno; a la vez se la pensaba como un lugar de paso hacia un mundo totalmente cambiado. Los poetas soldados como Ernst Wilhelm Lotz, Josef Winckler, Carl Broger, Heinrich Lersch, Max Barthel, Gustav Sack, Walter Flex, Wilhelm Klemm, Ernst Stadler, August Stramm y Leo Sternberg, cuya poesía reflejaba el desenfrenado idealismo de los primeros años de ambas guerras, hacían experiencias semejantes. Cuando no caían en la lucha, traían a casa consigo ciertamente otros resultados que el no-poeta Ernst Jünger.

“La tierra de nadie estaba densamente llena de fatigas, y los individuos, en pequeñas tropas o en claros grupos avanzaban hacia la cortina de fuego. No avanzaban, no tomaban defensa, cuando entre ellos subían los estandartes elevados. Pesadamente, pero ininterrumpidamente iban a la línea enemiga. La vulnerabilidad se había suspen-

dido. En medio de la masa que se había levantado, ello era a la vez aislado; las asociaciones eran sin mezcla. Yo había perdido de vista a los míos; se habían deshecho como una ola en la rompiente. Al atacar se apoderaba de nosotros una furia iracunda. El poderoso deseo de matar aceleraba mis pasos. La furia se expresaba con amargas lágrimas. La horrible voluntad de aniquilación que pesa sobre el campo de batalla se espesaba en los cerebros y se hundía en una niebla roja. Nos llamábamos sollozando y balbuceábamos frases sumarias, y un espectador que no participaba hubiera podido creer que éramos presa de un estado de felicidad” (págs. 260/61, Stuttgart, 1997). “Por primera vez en esta guerra podía yo oír el silbido de los pequeños proyectiles, que silbaban como un objeto cercano. El paisaje era de una limpidez de cristal... Ahora me había atrapado finalmente. Al mismo tiempo sentía yo la percepción del impacto, cuando el proyectil corta la vida. Ya en el camino ante Mory yo había sentido la mano de la muerte – esta vez me tomaba más fija y más claramente. Como si golpease penosamente en el fondo de la tumba, tenía la convicción de que ello era irrevocablemente el fin. Y curiosamente este instante era de los muy pocos, de los que puedo decir que ellos han sido realmente felices. En él entiendo toda mi vida en su más íntima figura como iluminada por un relámpago (págs. 316/17)”.

Precisamente este libro insultado y criticado a menudo – que en la visión retrospectiva de su autor anticipa el nacimiento de un nuevo tipo de hombre, el “trabajador” – se puede entender a la vez como registro e interpretación de un viaje al interior. El corazón es examinado, el hombre es recibido con simpatía y presentado el conocimiento de sí mismo. Entre el temor y el arrojo ante la muerte, el atacar y el retroceder, la risa y el llanto, surge la certeza de la última invulnerabilidad. En este punto del destino surge también la óptica de Jünger de la distancia, que muchas veces se ha interpretado a la ligera como “inhumanamente fría”. De hecho ella es la expresión de que, “también la muerte como el viraje es sólo una curva” y “el morir el más genial momento de la visión” (Jurgen Rausch).

Ernst Jünger ha pensado con sus ojos. Pues “me es contrario todo concepto preformado y alejado de la visión” (9 de marzo de 1945). También por eso parece darse algo así como un neoplatonismo del poeta pensador Jünger. Del sentido del oído se habla en su obra mucho menos: “¿Qué percibo yo con el oído? Naturalmente el murmullo de las aguas, el soplar del viento en el bosque, el canto de los pájaros, las canciones populares, refranes, corales, Mozart también. Porque no la última fuga – aquí hay evidentemente una omisión, vulgaridad. Una deficiencia de la donación universal, que queda absoluta y por tanto intacta” (27 de septiembre de 1972). También otras veces, como en un lugar en el libro *Das abenteuerliche Herz* (2da. Ed., p. 142), el tema “oír” o “música” es sólo rozado. Jünger es un hombre de ojos. Por ello parece que en relatos, pensamientos, aforismos “teorías” dispersas, casi se aproxima al ver. Esto trae naturalmente conflictos con aquellas creencias, que como dice la Escritura “vienen del oído”. En el capítulo de los *Afrikanischen Spiele* el autor relata sobre un legionario extranjero de antiguo servicio, al que ha dado el nombre de “Charles Benoit”: “El disponía de un lenguaje, que poseía ventanas”. En el diario de tropa de Westfalia *Garten und Straben* refleja observaciones, que el jefe Jünger hace de un “estado de ausencia” en una marcha de ejercicio: “Así yo ví un campo pardo como en un sueño, y la paja que estaba esparcida en él como arrojada desde lo ilimitado. Por el contrario se aproximaba un verde prado con matas de rosas a los rosales en llamas, totalmente cerca. Las cosas aparecen como a través de un lente, que unas veces las presenta más nítidas y otras las desdibuja, nosotros no vivimos nunca plenamente en el mundo, y tampoco plenamente en nuestro cuerpo – sin embargo un día son agregadas las partes que somos interior y exteriormente” (Blankenburg, 4 de octubre de 1939).

Tres años mas tarde anotaba el autor que cuando quería alcanzar la esencia y el goce de las plantas y su “lenguaje”, se debía atender al lema *praesens sed invisibilis* – “presente y sin embargo invisible”. El lector siente tal frase recordándose de los *Fragmente* de Novalis, en los que se dice: “Las flores son alegorías de la con-

ciencia o del entendimiento. Una más alta generación es el fin de esta más alta floración, una más alta conservación en los hombres es el órgano de la inmortalidad, una progresiva conservación de la inmortalidad”.

Lo que fascina a sus lectores en Ernst Jünger es también – junto a su hablar infalible y su ánimo lacónico – su intelecto vidente, su sinóptica fuerza de visión y su sentido teológico. Al darwinismo, así escribe el 26 de mayo de 1945 en su diario, le falta “la visión del todo y mucho de lo no económico, lo irracional de las plantas, el lujo principesco, la profusión, las intenciones significativas que revelan la pura prolongación y la concurrencia”. La belleza de las plantas muestra un “inaudito derroche en la materia efímera”, y en la substancia de “un diminuto cáliz de flor, de un tembloroso estambre” se oculta más alto sentido que “en las teorías de la evolución” (*Die Hütte im Weinberg* (pág. 456 y ss.). Numerosas notas en los diarios y ensayos de Jünger hablan del encanto de los ojos. El 18 de junio de 1945 anota: “El interés quedaba atrás, lejos. Las flores son más fuertes, más reales. El césped estaba esparcido entre los pinos, y altas orquídeas pálidas, corazoncillos y lupinos azules florecían en el húmedo suelo”. Y “cuántos estratos ciegos debían erigirse en el ojo, antes de que fueran vistos” (19 de junio de 1945). Ya en *Garten und Straben* había dicho: “Así tiene la vida su mayo y la maravilla de la floración, que no sospecha el que sólo conoce la obra de las hojas, y que está oculto en ellas”(Cabaña del bosque, 7 de abril de 1940). Aún después de la conclusión del manuscrito de *Marmotklippen* (Arrecifes de mármol) y del esfuerzo empleado en ellos debía el trabajo por venir “ser transferido al ojo, pues en la representación no debe haber ninguna deficiencia” Las flores de sagitaria y del iris no escapan a la vista de Jünger tampoco en las ruinas de Hannover bombardeada.

Ciertamente no se anulan avisos como el de la “cabaña del verdugo, como los que son enderezados a los estados marginales del Este”, desde “el color de un día” (6 de marzo de 1942). Sin embargo, no se apaga la tierna atención – también en el sueño coloreado

de animales y flores – al espectro de la “superficie” en el que el fuego de la vida se hace claro.

Jünger que en 1930, con su introducción a la cartilla ilustrada *Die veränderte Welt* (Breslau), hace un análisis clarividente del creciente empleo de fotos y filmes en el ámbito de la publicidad y sus consecuencias políticas, sabía siempre que “el lente muerto no capta lo propio y admirable” (17 de junio de 1941), que al contrario puede servir como medio y expresión de las relaciones de poder cambiantes. Una vez subraya el autor Jünger que el ojo humano se mueve en la “casa del mundo” siempre como en un escenario, pero sin embargo a la vez como un espectador. Esta – que va hasta la división de la esencia – tensión de la vida entre fascinación y reflexión, hundimiento y distancia, contemplar y obrar, abnegación y observación de sí, contemplación y lucha, calor y frío, sentir y juzgar, lo ha retenido Jünger en una obra que no tiene su igual. Y acaso ha podido a los cien años reconciliar la disposición racionalista positivista heredada del padre con su calidez, católica, proveniente de la madre franco-bávara. Esta mujer podía bien haberle regalado aquella serenidad, que relucía a través de la perceptible melancolía de Jünger.

En numerosos textos se deja leer el definido deseo de su autor, ser despierto y armado, cuidadoso y sereno, exacto y justo. “El estilo descansa precisamente en el más profundo fundamento de la justicia. Sólo el justo puede también saber, cómo se debe decir la palabra como la frase. Desde este fundamento nunca se ven las mejores plumas al servicio de la mala causa” (París, 17 de febrero de 1942). “El estilo es el hombre” – esta frase que Leclerc de Buffon, miembro de la *Académie française*, ha dicho en el S. XVIII, es exacta del autor Ernst Jünger. Pues su existencia corresponde plenamente a su lenguaje. Se ha dicho de él que su brillo metálico y su sello mineral se refiere a lo humanamente frío y hace a lo terrible precioso. Por el contrario es – como se comprueba en la obra – diagnóstico de Ernst Jünger: El Amor es el misterio de la maestría”. (Prólogo a *Strahlungen* / p. 15 München 1988). Ahora, qué tacto, temor, alusión, “hablar indirecto”, pero también justicia de lenguaje, conciencia de forma y

la necesidad de deber hablar con “metafísica” en una dictadura, querer ser caracterizado como “frío”, no alcanza a la verdad. Jünger acostumbraba por lo demás escribir a menudo “a media voz” (pero también preceptiblemente) y cuando él presentía espantado, al recibir noticias de prácticas de exterminio, sentía amenazada su propia vida o amenazaban arrastrarlo la rebelión y la cólera, cuando sufría, así “formalizaba” enseguida y atribuía también al dolor personal una forma. A pesar de todo describe en *Stahlgewittern* sus lágrimas, su conmoción frente a la muerte de los soldados, de su hijo, y las lágrimas de su primer mujer en la despedida para el frente el 29 de enero de 1940.

“Yo llevo a la mañana; en cuanto construyo y rechazo frases, como un alfarero que rompe su vasija. Yo tomo este estado por verdadero muy pronto y puedo propiamente ir a pasear. Porque perduro sin embargo, puedo pensar que también este esfuerzo esconde un sentido, se hace menos en vano” (4 de abril de 1939, *Garten und Straben*, durante el tiempo del borrador de *Marmorklippen*). “Lo que es dado en la prosa al trabajo rítmico, puede no dejar ninguna huella y el esfuerzo es así más provechoso, cuanto menos es percibido” (7 de abril de 1939). La presencia no desdeñable de ambos misterios de la vida y de la muerte en la obra de Jünger deriva su origen para un dar cuenta ya operante bíblicamente. La constante relación de escritos de diarios (*Die Zwillle* (Los mellizos), Stuttgart 1983) obtiene el rendimiento, el fruto, la esencia. Un escritor “está obligado a viajar mucho, a experimentar lo que la tierra tiene para ofrecer. Pero luego deben mezclarse las imágenes y licuarse como miel que es producida de muchas flores. Sólo de los elementos del recuerdo afluye el alimento al espíritu” (10 de abril de 1939). Esta máxima puede aún leerse en el diario de viaje aparecido cincuenta años más tarde – de Malasia e Indonesia (*Zweimal Halley*, Stuttgart 1987).

El camino a la encarnación de sí mismo y a la forma maestra ha definido el tiempo de vida de uno más que centenario – participante en dos guerras mundiales, testigo del tiempo, observador, re-

flexivo y lector constante. “Meditar” era para él “tan bueno como respirar”. La complacencia ante sí mismo le desagradaba; siempre tenía el arco tenso. Amaba la amistad, la naturaleza y sus criaturas, tras las cuales reconocía el rostro de una Amor ordenador. Jünger ha suministrado a su época una serie de lemas inolvidables; naturalmente debía contar que ellos también caerían en manos de canallas. El coleccionista de escarabajos y el coleccionista de hechos se encuentran en la caza después de estar unidos – justamente en eso era un *homo religiosus*. Ha prestado a sus contemporáneos el servicio de la reflexión, por ello más considerado que muchos otros de entre ellos, no se veía en la etapa del pensar, sino por encima, sin fatigar al concepto de *avant garde* y leía las huellas de lo imperecedero “en el tiempo pasajero” (*Siebzig verweht* (Los setenta se desvanecen), pág. 100, 23 de agosto de 1986). En el mismo diario escribe Jünger bajo fecha 19 de abril de 1986: “Apenas puedo representarme un día sin lectura, y me pregunto a menudo si no he vivido en el fondo como un lector”. Así he asimilado claramente los influjos de Rimbaud, Schopenhauer, Hamann, Nietzsche, Holderlin, Novalis, Silesius, Günther, el Droste, Baudelaire, Goethe, Stifter, Kant, Platon, Dostoyevski, pero también el de Boecio (*De consolazione*), cuyas poesías sobre la consolación, empezó a leer “en medio de ebrios en la estación de Karlsruhe” el 13 de febrero de 1939.

Todos sus diarios hasta los cien años dan a conocer la lectura constante de la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento. Se encuentran muchos pasajes del Levítico, Job, Ester, Jesús Sirach, Judit, Isaías, Jeremías, los Salmos y otros de los Evangelios y de las Epístolas de Pablo. Los primeros minutos al despertar el día que cumplía 45 años, no lejos del frente occidental del Rin los empleó el oficial en la lectura del Salmo 73. El Diario de guerra *Gartren und Straben* del 29 de marzo de 1941, que apareció en 1942 relata el momento. Cuando el libro debía tener su segunda edición, el Ministro de Propaganda Josef Goebbels la concedió sólo bajo condición que el autor renunciara a la reimpresión de este pasaje. Ernst Jünger rechazó su exigencia y así no tuvo lugar la nueva edición. El

Salmo 73 comienza (en la traducción de Lutero) con la frase: “Israel tiene sin embargo su consuelo en Dios, que es sólo el corazón puro. Pero yo había casi tropezado con mis pies, mi paso casi había resbalado. Pues a mí me afligían los jactanciosos, porque yo veía, que les iba tan bien a los impíos”. Y el penúltimo verso confirmaba: “Pues muchos que te abandonan, perecen; Tú matas a todos, los que Te abandonan”.

En la Primera Guerra Mundial el teniente Ernst Jünger llevaba consigo junto a los libros de apuntes la excéntrica novela de Laurence Sterne *Tristan Shandy*, que leía en las pausas del combate, en el lazareto y el fuego de granadas. En el refugio del Alto Rin en la Segunda Guerra Mundial estaba “junto a la bujía un vademécum en el que leía unas veces la Biblia y en esos días Boecio” (*De consolatione*) “... Igualmente sobre el lecho están pistolas, polainas y prismáticos colgados de clavos” (13 de febrero de 1940). “En la paz pensaba ordenar las lecturas según un nuevo plan, con la Teología como fundamento” (11 de marzo de 1942). El oficial Jünger visitó repetidamente en el puesto de mando del comandante militar alemán en Francia, las iglesias de París – San Sulpicio, San Gervasio, Notre Dame, “luego la Madelaine – una iglesia a pesar de todo” (29 de abril de 1941), también “la iglesia redonda tan vecina, en cuya pared verdea una higuera”. El Viernes Santo de 1943 entró Jünger en la iglesia de París Saint-Philippe-de Roule: “Primero la capilla en que estaba el crucifijo, luego la iglesia en que se empujaban las mujeres; y oí allí una buena predicación sobre la Pasión. Los grandes símbolos se cumplen diariamente de nuevo, así aquel en que el hombre elige a Barrabás y no al Príncipe de la Luz” (23 de abril de 1943). Y en el 25 de diciembre de 1939 en el diario de guerra *Garten und Straben* “...de un crucifijo impasible; de la corona de espinas baja la diadema en largos hilos de plata. También tenían sujetas los ojos pestañas de plata, que temblaban suavemente en el soplo del viento”. ¿No debía un hombre como Josef Goebbels, bautizado como católico, declarar tal publicación y su autor como “peligrosos”? Pues detrás de él estaba a lo lejos un Nombre conocido.

Al principio del verano de 1941 anotó que se debe “cuando se llega a viejo seguir siendo joven”. El 11 de noviembre de 1939 escribía: “En cuanto somos aprendices, debemos no envejecer, debemos siempre ser de dieciséis”. Así podía ser siempre convincente la impresión de juventud espiritual que persistía en su vejez avanzada.. Ernst Jünger penetraba siempre más profundamente en la urdimbre tejida divinamente de la tierra y del cosmos; y no temía usar la palabra “creación”. Después de la caída de Stalingrado descubrió en las cartas de los allí caídos, “que en estos puestos perdidos se realizaba una fuerte vuelta a la cristiandad”. A los 95 años comprendió su sabiduría de la muerte en una metáfora religiosa: “Nosotros somos peregrinos, lo que hemos creído queda como ex-voto, lo que hemos sabido como muleta depositada en la capilla”. Las imágenes serían también “la aproximación a lo inconcebible útil; el pensar falla más pronto que el sentimiento adorante”.

Quien lo desea puede encontrar en los libros de Jünger frases sobre la oración, que harían honor a cualquier teólogo. En el prologo al *Strahlungen* dice: “¿Quién conoce las consecuencias de una mirada que nos roza ligeramente, quién conoce la acción de la oración, que un desconocido dice por nosotros?” O “Experiencia de la vasija en la oración. El siente, cuando su oración llega. La propia rueda del destino corre luego conforme al camino del Universo” (10 de enero de 1942). Aun en medio de la *Stahlgewittern* anota: “Aquí era necesaria una oración. Pero aun si no la hubiera hecho hasta ahora, ella sería ante mí”. En 1972 recuerda Jünger haber dejado la oración cuando “había llegado a conocer a Darwin”. 18 años más tarde escribe en *Die Schere*, que la doctrina de Darwin puede “ser interpretada *ad maiorem Dei gloriam*” y “acaso no vivimos hoy sólo por medio de las fuerzas pasadas, sino también con las oraciones futuras, que son dichas después de nuestra muerte”. Y “hasta la oración mecánica” hace “posible un influjo más alto a través de un vacío en el curso causal de los días. De ahí es la decisión, de mantenerse en una ley de la fe, absolutamente tan sin sentido, como se piensa comúnmente” (4 de enero de 1945). Los grandes períodos de la histo-

ria empiezan “con una nueva religión, y en la vida de los individuos con una nueva oración”. Y “¿qué es previsión sin providencia?”. Esto es la terrible, también la salvadora significación de la oración, que ella en un instante abre los pliegues del corazón y lo hace accesible a la luz. Se da a los hombres, sobre todo en nuestras extensiones nórdicas, la única puerta a la verdad, a la última y enérgica probidad” (2 de octubre de 1942). “Cuando nosotros vivimos como santos, nos ordenamos hacia el infinito” (30 de enero de 1940. “Día del advenimiento”). Ambas frases pueden situarse sin hacer violencia junto a las “Palabras de despedida” del filósofo católico Peter Wust, que este conocido pensador dirigió a sus alumnos de Munich el 18 de diciembre de 1939; decía entonces que “la llave mágica para la última puerta de la sabiduría” sería “no la reflexión, sino la oración. La oración tomada como única entrega a Dios, hace sereno, hace infantil, hace objetivo. Las grandes cosas del espíritu, sólo son dadas a los espíritus orantes”.

Jünger ha expuesto con toda sinceridad en su vejez sus logros y sus pérdidas, sus errores y sus intuiciones. Acaso le era dado precisamente esa disponibilidad inalterable – también de las correcciones –, tanta serenidad. Se ha preguntado en el curso de una agitada, larga vida hasta por el fundamento trascendental del mundo. Huellas de esta trascendencia encuentra Jünger, no sólo en la naturaleza, las religiones naturales, los mitos y el budismo –sin contar a la vez la lectura revisada de la Biblia y de los Padres de la Iglesia: Basilio, Gregorio de Nisa, Ireneo, Atanasio y Agustín. Él las encontraba también en el ámbito del culto. Jünger poseía un instinto claro e infalible para los déficits en la Iglesia y la teología, también para el asma de las almas, la hipertrofia del intelecto y el escorbuto de una teología sociológica: “El esfuerzo del culto es reemplazado por lo social. En lugar de la cura de almas entra la asistencia, a la que nada hay que objetar, pero que se cuenta entre las tareas secundarias. Si ella avanza en primer término, se degrada la imagen de los pobres”. Y “Los actos sacramentales y el culto son tanto más convincentes, cuando ellos

se limitan a los textos y prácticas transmitidas, también al puro oficio" (*Siebzig verweht* (Los setenta han pasado) IV, 1 julio 1986).

El "más profundo dolor procede de que nos apartamos de la salvación" escribe Ernst Jünger el 19 de enero de 1947. Ya a los setenta años quería en la vida ir a la escuela, y a los cien no temía seguir siendo un alumno. Y así murió también – a la espera de una muerte, que le enseñaría "la plena verdad". *Requiescat in pace*.

Traducción: Alberto Espezel Berro